

# Fidalguía

por Rafael Sabatini



Colombo, un bello joven hijo de un traidor a Italia al que han ajusticiado, crece huérfano, buscándose la vida como puede.

A la edad de veintiocho años, Ser Colombino se había convertido durante la época del prerrenacimiento, en uno de los grandes capitanes mercenarios de la época, su fama se extendía por el largo y ancho de Italia...

# Capítulo I

---

## La castellana de Ro- vieto

---

### I

N cuando hubieron ahorcado a su padre, su madre murió con el corazón destrozado.

Por la misma razón se le conoce en la historia simplemente como Colombo de Siena. Sus armas —azur y un palomo de plata— fueron de su adopción e *in rebus*<sup>[1]</sup> expresaban sencillamente su patronímico, pues que procedía de una familia belicosa y poseía el derecho de usar un nombre patricio y también de algunos famosos cuarteles. Tras de su desdén por el uno y por los otros se halla la tragedia que no careció de influencia en su vida. En realidad era el único hijo de aquel señor de Terrarossa, Sigismondo Barbieri, a quien los florentinos desposeyeron de sus bienes y mercedamente condenaron a muerte por traición. Él tenía diez u once años cuando quedó huérfano y abandonado en el mundo, y si no pereció, debióse a un santo hermano de su madre, un franciscano que le amparó de todo mal a sus tiernos años.

Más tarde, en cuanto creció el muchacho, acentuándose su parecido con la madre y dando pruebas de otras cualidades que

lo hicieron más querido a *fra* Franco, su tío, se presentó la cuestión de hallarle un lugar en la vida. El fraile habría intentado la devolución del señorío perdido por la traición del padre y aquel humilde hermanito de San Francisco no carecía de influencia, pero en ello encontró la más firme oposición por parte de Colombo.

—Puesto que el castigo fue merecido y justo, equivale a una expiación. En cierto modo sirve para borrar el pecado, y si nos negamos a pagar, resucitamos la duda. Dejemos, pues, las cosas como están.

Después de vanos argumentos, el fraile cedió a la claridad y honradez de la lógica del muchacho, abandonó sus tentativas y buscó otra cosa para su sobrino.

Más tarde, Colombo aseguraba que sus naturales inclinaciones eran pacíficas. Amaba a la Naturaleza, y, de seguir su vocación, se habría dedicado a la agricultura. Pero también poseía otras cualidades de fácil percepción que, sin duda, le dieron luego el éxito en la vida. Así comprendió que un hombre nacido entre las turbulencias que agitaban constantemente la península italiana, en la segunda mitad del *Quattrocento*, debía apresurarse a decidir si quería pasar al lado de las ovejas o al lado de los lobos, ya que la Humanidad, en aquella época, y especialmente en aquel inquieto país, no ofrecía otra elección.

Las ovejas estaban obligadas a trabajar, Eran los mercaderes, los campesinos, artesanos, artífices y aun los clérigos. Los lobos eran los príncipes y aquellos que los servían en sus disensiones. Ser industrioso, productivo, esclavo de la ley, equivalía a verse sujeto a infinidad de molestias, en constante peligro de ser robado, multado, arruinado y aun asesinado.

Teniéndolo en cuenta, Colombo llegó a la conclusión de que si sus inclinaciones naturales no le impulsaban a ser lobo, menos le aconsejaban ser oveja.

Así explica su caso. Pero aun sin darse cuenta de si mismo, su historia lo refiere de otro modo. Considerando ya extinguida la casa de que procedía, sintió, desde su primera edad, el impulso de la ambición de encontrar otra mucho más espléndida, hija del esfuerzo de sus manos y de su cerebro. Y ya que no podía ser descendiente sin avergonzarse, por lo menos sería ante-

cesor de quien sus descendientes estarían orgullosos. No se puede afirmar que tuviese esa intención cuando, a los dieciséis años, le vemos enristrando una pica al servicio de Siena, su ciudad natal. Más bien se le ocurrió aquella idea durante la campaña siciliana, primera ocasión en que la trompeta de la Fama hizo resonar su nombre por toda Italia. Tenía entonces veintiocho años y había aprendido el oficio de las armas, a las órdenes del gran Bartolomeo Colleoni y tras de empezar muy modestamente en la campaña de éste, al mando de diez yelmos, alcanzó rápidamente la situación de uno de los mejores tenientes de aquel famoso capitán.

Luego, y poco después de que Colleoni entrara al servicio de Venecia, Colombino, cariñoso diminutivo que se le daba, se separó de él para constituir una pequeña *condotta*<sup>[2]</sup> propia, formada por cien lanzas y puso su espada en el mercado de Belona.

En la campaña siciliana en la que, gracias a la fortuna se vio obligado a tomar el mando en favor de Aragón, no sólo conquistó fama, sino el dinero suficiente para adquirir un señorío y un viñedo en Montasco, es decir, en territorio de Siena, el que se proponía extender y ennoblecer gradualmente.

Descansaba allí de sus trabajos en el verano de 1455 y le acompañaban otros dos *condottieri* que habían unido a la suya sus fortunas y se alistaron bajo su bandera. Eran el prudente y experimentado soldado de fortuna Giorgio di Sangiorgio y el corpulento y jovial aragonés don Pablo Caliente.

Sospecho que debió de ser en aquella época cuando empezó a soñar en la conquista de las alturas. No carecía de modelos. El mismo Colleoni, ya viejo, pero todavía capitán general nominal de las fuerzas venecianas, tenía grandes posesiones y honores. También existía Francisco Sforza, a la sazón duque de Milán, que disfrutaba a Venecia la prepotencia en el Norte, y cuyos comienzos fueron tan humildes como los de Colombino. Hubo un Carmagnola, que alcanzó la soberanía, antes de perder la cabeza, Y había otros doce soldados de fortuna que Colombino podía recordar y que alcanzaron la situación de príncipes. Como ellos, con la punta de su espada, podría fundar una

dinastía. Y la guerra siciliana le puso en el camino para alcanzar aquellas alturas.

Pero sus ambiciones no se debían solamente al deseo de alcanzar la riqueza, sino que se dejaba guiar por elevados ideales, más bien propios de la edad de la caballería de su propia época. Ansiaba proteger a los indefensos y sostener a los débiles contra los fuertes; ideales que esperaba poder expresar con un gobierno suave y muy distinto del despotismo practicado por los príncipes italianos.

Ya se comprenderá que si bien Colombino había aprendido muchas cosas en veintiocho años aún ignoraba que en su tiempo la ambición y los ideales caballerescos no podían ir de la mano.

Apenas se había dispuesto a descansar en Montasco y olvidar todo pensamiento belicoso para ocuparse en asuntos concernientes a la noble mansión que estaba construyendo, cuando lo llamaron para encargarse de una tarea que había de originar un cambio muy notable en su carácter. Y aquella llamada era tal, que su hidalguía no pudo menos de responder a ella. Procedía de la condesa soberana de Rovieto, Eufemia de Santi, quien, sin merecer el paso a la posteridad, gracias al pincel de Antonello de Messina, alcanzó una fama eterna. Terminaba ya un caluroso día de agosto y Colombino estaba cenando con sus dos capitanes, en una sala de su principesca mansión, ya terminada. Las ventanas estaban abiertas de par en par, a fin de dar paso a la brisa de la puesta del sol cuando, a lo lejos, oyeron el ruido de cascos de caballo que anunciaba la llegada de un mensajero.

Supusieron que aquél procedería de Siena, pero al poco rato entró un criado con la carta, cuya procedencia anunció. En cuanto Colombino la hubo leído la arrojó a, sus capitanes para que se enterasen de su contenido.

Sangiorgio la leyó y se quedó pensativo. Caliente, por su parte, mostró una satisfacción jovial.

—¡Bendita sea Nuestra Señora por esta señal de su favor! Nunca esperé encontrar algo que hacer hasta que fuésemos a nuestros cuarteles de invierno. Eso demuestra que la fama no os dejará descansar mucho, don Colombo.

Apareció una sonrisa en el rostro apacible del español, cuyos labios rojos daban a entender la abundancia de la sangre en sus venas. El contraste entre él y el alto, esquinado y saturnino Sangiorgio, se acentuaba por el hecho de que éste se mostraba tan agrio como alegre don Pablo. Y tirando de su barbilla gris, Sangiorgio tomó de nuevo la carta y la leyó por segunda vez.

Era de la condesa Roviato, que escribía largo y tendido:

*Filippo della Scala, señor de Verona, se estaba armando para invadir su territorio, a fin de exigir la cesión de un derecho basado en su parentesco con el difunto señor de Roviato. Los recursos della Scala, agotados por su participación en la larga lucha entre Venecia y Milán, no le permitían contratar a una de las compañías libres en aquel momento en Italia. Por consiguiente, envió sus agentes a los cantones suizos, para reclutar gente entre los montañeses, que no eran malos soldados cuando se les ofrecían condiciones razonables. Así, el tiempo era aliado de la condesa; gracias al aviso que recibiera, y anticipándose a su enemigo, ella deseaba y esperaba dar el primer golpe e invadir su territorio, mientras no estuviese preparado aún, y cuando él pidiera la paz, le impondría tales condiciones, que acabaría de una vez para siempre con sus pretensiones. Y para realizar este propósito, solicitaba que Messer<sup>[3]</sup> Colombo da Siena y su Compañía del Palomo se pusieran a su servicio.*

Cuando Sangiorgio levantó la mirada, Colombino le dijo:

—Es mujer animosa, que conoce el primer principio de la guerra: que el ataque es la mejor defensa y que la victoria, con frecuencia, se inclina al que da el primer golpe. ¡Por mi alma! Es una mujer extraordinaria.

Sangiorgio frunció los labios, dejó caer la carta e hizo un gesto como si se sacudiera los dedos.

—Por fortuna es extraordinaria, porque si abundasen las mujeres como ella, habría muchos menos hombres.

Colombino arqueó las cejas y Caliente dio media vuelta sobre el asiento para mirar a su compañero. Sangiorgio se explicó.

—Su historia es mucho más interesante que agradable y conviene que lo sepáis. Nació hace unos veintitrés años y ya ha tenido dos maridos. El primero era un patricio de la casa milanesa de los Visconti, un tonto presumido que por todo Rovieto proclamó sus celos hacia el romano Gerolinini. Pero de pronto cayó muerto del modo más raro del mundo, en pleno invierno, de una fiebre malaria. Y la fe en esa enfermedad no aumentó ciertamente por el hecho de que su viuda se casara con Gerolinini, tres meses después de la muerte de Visconti. Más tarde, Gerolinini, que tenía la ambición de gobernar, no quiso comprender que el consorte de una soberana no es necesariamente soberano a su vez.

—Esta presunción le costó romperse el cuello en una caída de caballo, un día que estaba cazando. Por lo menos, así lo cuenta la historia. En el momento del accidente estaba solo. Cuando le hallaron estaba tendido en el suelo, como si le hubiesen puesto allí con todo cuidado, y, en su ropa, no había el menor desorden.

—Como decís, Colombino, se trata de una mujer extraordinaria y afortunada. Tal vez también algo peligrosa.

—Pero ahora —contestó Colombino— es simplemente una mujer que corre peligro.

—Precisamente eso la hace más peligrosa.

—Dejémonos de chismes de comadres y vamos a hablar en serio —dijo Colombino, señalando la carta—. Lo que importa es su deseo de contratarnos.

—Es posible que os importe mucho —contestó Sangiorgio—, porque no sé cómo pagará. Su padre, Todescano, dejó arruinado a Rovieto antes de morir. Ella, siguiendo con filial piedad los pasos de su manirroto padre y señor, ha completado la bancarrota de Rovieto. Della Scala, dice aquí, y despectivamente dio un papirotazo a la carta —carece de recursos para contratar a una de las compañías mercenarias de Italia. Y ella, con menos ducados todavía, invita a la Compañía del Palomo a su servicio. ¿Cómo podrá pagarla?, me pregunto.

—Será mejor que vaya a averiguar eso —contestó Colombino.



—Yo puedo daros por anticipado una opinión que os evitará la molestia.

—La incredulidad es natural en un viejo soldado.

—Y la excesiva confianza lo es en un joven. Así empecé yo. Pero luego he aprendido algo, lo que llamáis incredulidad. Y esa carta no me obligaría a ir a Rovieto.

—Saldré mañana hacia allá —contestó Colombino.

—¿Es hermosa por lo menos? —preguntó don Pablo.

—Así dicen.

—Entonces, ¿por qué poner mala cara? ¿Sois acaso tan viejo que os habéis olvidado de todo? Por una mujer hermosa, Giorgio, vale la pena hacer cualquier viaje.

Sangiorgio miró al pensativo Colombino.

—¡Dios os ayude a los dos! —dijo volviendo a dedicar su atención al vino.

\* \* \* \*

||



AN rápido en la acción como en la decisión, y se asegura que éste era, el secreto de sus éxitos, montó a caballo, a la mañana siguiente, antes de salir el sol. Tomó el camino del Norte, acompañado de diez lanzas. Antes de acostarse la noche anterior había tomado, sus decisiones y como la rapidez tenía la mayor importancia, las basó en el supuesto de que el aspecto mercantil del asunto sería zanjado de modo agradable.

Antes dio a sus capitanes las órdenes de preparar y equipar la Compañía del Palomo. En aquellos días se componía de trescientas lanzas, de tres hombres para cada lanza, y en aquel momento, descansaban en sus cuarteles en el condado de Siena. Además, sus capitanes habrían de alistar provisionalmente la *condotta* de Falcone, de trescientos hombres, que no tenían nada que, hacer y también las demás pequeñas compañías que

estuviesen libres, a fin de llegar a una fuerza total de dos mil yelmos, que Colombino juzgaba necesarios para la empresa.

Tres días después estaba en Rovieto y su entrevista con la condesa Eufemia resultó una sorpresa mutua. Aunque no hubiera hecho gran caso de la opinión de Sangiorgio acerca de la condesa, se figuró que sería una mujer de aspecto desagradable. Pero en cambio encontró a una niña o, por lo menos, se lo pareció, no sólo por sus años, sino por su cara, porque Colombino aún creía que la cara era el espejo del alma. El aspecto de aquella mujer era tan virginal, inocente, y candoroso, que Colombino jamás podía creer que fuera ya viuda por segunda vez.

Ella, por su parte, a juzgar por el nombre de Colombino, esperó ver a un hombrecillo. Habíaselo imaginado pequeño, grueso y estevado y además de carácter rudo y basto, pero en vez de eso, vio a un joven de cabello aleonado, de seis pies de estatura, ancho de hombros, estrecho de cintura y de corpulencia atlética. Su rostro afeitado y de facciones acentuadas, su mandíbula poderosa y sus ojos negros y solemnes, le daban un aspecto notable, si no bello, por lo menos vigoroso. Además conducíase como si fuera un gran príncipe y vestía, como tal, una hopalanda de terciopelo gris claro, guarnecida de piel y sujeta por un cinturón de placas de oro batido, del que estaba suspendido un puñal, también con guarnición de oro.

La mirada de ella, al verlo entrar en la cámara de su Consejo, se desvió al instante, como deslumbrada. Luego volvió a fijarse en él, no para observarlo, sino para admirar, con un atrevimiento que; solamente la suavidad de sus ojos disfrazaba de candor.

Tributó a Colombino una recepción solemne, que a él no le sorprendió, pues conocía sobradamente la etiqueta reinante en los pequeños estados italianos. El oficial de guardia que lo recibió en el patio de la ciudadela, lo confió a un chambelán, quien a su vez lo llevó a un ujier, y éste lo condujo a la Cámara del Consejo, donde esperaba Su Alteza.

La joven sentábase en una especie de trono dorado, provisto de dosel, que debiera de haberle quitado importancia, pero que, por el contrario, servía para acentuar su delicadeza y su aspecto infantil. Sentados a la mesa y a su derecha, vio a tres hombres y otros dos a su izquierda, es decir, a los cinco miem-

bros del Consejo de Rovieto, todos ya entrados en años y muy solemnes. Los cinco se pusieron en pie al entrar Colombino e inclinaron sus cabezas para saludarlo. La condesa, sin abandonar su asiento, le hizo una amable seña para qué se acercase al pie de la mesa, donde había un taburete, y le invitó a sentarse.

Luego, y cuando los demás habían ocupado sus puestos, la condesa tomó la palabra para dar su bienvenida y manifestar su agradecimiento por la pronta respuesta a su petición. Con toda evidencia había preparado aquel discursito y luego procedió a exponer sus necesidades y sus intenciones.

Añadió tan pocas noticias a lo que ya sabía Colombino por la carta, que éste manifestó cierta impaciencia en espera del final del discurso. Y apenas ella hubo terminado, cuando replicó:

—Si, si. Siempre es mejor primero. Y con frecuencia, cuando se encuentra al enemigo confiado, la victoria suele ser decisiva. —Mientras hablaba con la condesa, los demás no le quitaban los ojos de encima, y añadió—: He dispuesto lo necesario para que mis lanzas estén aquí el domingo y el martes próximo cruzaremos la frontera, de modo que atacaré a Della Scala antes de que esté informado de mi llegada.

Unos ojos tan azules como el Adriático brillaban sobre él, maravillados. Unos labios sensuales y rojos se entreabrieron en repentina sonrisa.

—Más propia sería el águila o el halcón como emblema vuestro que el palomo, *Ser Colombino* —observó.

—Ya veremos lo que piensa Della Scala —Contestó él, poniéndose en pie y contoneándose con alguna fanfarronería.

Y los dos, de un modo absurdo, permanecieron mirándose, hasta que los consejeros empezaron a carraspear.

El viejo Della Porta, deán del consejo, interrumpió aquella escena muda y el encantamiento en que estaban sumidos los dos jóvenes. Era flaco, calvo, de nariz semejante a un pico de ave. Era hombre práctico, que tomaba en serio su cargo. Habíase opuesto a la llamada de una compañía mercenaria, pues de sobra le constaba que no podrían pagarla, y en aquel momento estaba más impaciente todavía al ver que no se había hablado de un contrato ni de cosa que se le pareciese.

—¿Y las condiciones, Messer Colombino? Éste, sin quitar los ojos de la condesa, dio un suspiro y replicó:

—¡Ah, las condiciones!

—En efecto —contestó Della Porta—, hemos de saber cuáles son nuestros compromisos.

Sus cuatro compañeros gruñeron una señal de asentimiento.

El joven se arrancó a su ensimismamiento y recordó la necesidad de cobrar la soldada para sus tropas. Y en el acto se convirtió en hombre práctico.

—La paga mensual de una lanza de la Compañía del Palomo asciende a veinte ducados y, además es preciso contar cincuenta ducados para cada uno de mis dos capitanes, así como treinta ducados para otros tres capitanes de fortuna que alistaré con sus compañías, a fin de constituir una fuerza de dos mil hombres, que considero necesarios para la empresa. Luego hay que añadir diez ducados para cada uno de los encargados de las provisiones de la compañía, que son cincuenta. También, como es natural, será preciso proporcionar provisiones a mis hombres y forraje para sus caballos, durante el término de nuestro contrato.

Uno de los consejeros dio un gemido y otro blasfemó en voz baja. Della Porta, que guardaba silencio, trazaba unas cifras sobre una hoja de papel. Colombino observaba la pluma, aunque notó que los ojos de Madona estaban fijos en él. Por fin, el consejero viejo y calvo arrojó la pluma, irritado y pálido.

—En cifras redondas eso equivale, por lo menos, a veinte mil ducados al mes.

—La guerra no es barata —contestó Colombino, extendiendo las manos—. Observaréis, señores, que aún no he mencionado ninguna suma para compensar el desgaste del material, la pérdida de caballos, tiendas, municiones y otras cosas parecidas, que es imposible calcular de antemano. Tampoco está comprendida mi parte. Normalmente, cobro mil ducados al firmar el contrato, otros mil cada mes, en concepto de honorarios, y tres mil ducados después de la conclusión satisfactoria de una campaña.

—¡Dios nos proteja! —exclamó uno de los consejeros—. Supongo que os enriquecéis en vuestra profesión, señor.

—Sí así es —contestó Colombino sonriendo—, eso demuestra que suelo alcanzar el éxito en mis campañas.

—No tenemos dinero suficiente, señor —contestó Della Porta, muy agitado—. Prefiero ser franco. No podremos pagaros. —Y, dirigiendo una mirada de reproche a la condesa, añadió—: Y debo confesar que no teníamos derecho de traeros.

Ella, sin hacerle caso, observó con su argentina voz:

—Si no me equivoco, habéis dicho normalmente, *Ser Colombino*. ¿Acaso eso significa que generosamente os disponéis a hacer una excepción en nuestro favor?

—Si no es así —observó un consejero llamado Pagolo—, vuestro viaje a Rovieto habrá sido inútil. Voy a ser más franco que *Messer Della Porta*. Nuestro tesoro está vacío y los impuestos han agotado de tal modo al pueblo, que a pesar de cuanto hagamos, muy poco podríamos obtener.

—*Messer Pablo* —exclamó la voz de su señora con acento de reproche—, *Messer Colombo* no ha venido a enterarse del estado de la política en Rovieto.

—Pues, ¿para qué ha venido, *Madonna*?

Colombino se levantó de pronto, imponiendo silencio a todos. Miró a la condesa y preguntó:

—¿Es ésa la situación?

Ella inclinó la cabeza, como avergonzada, y luego exclamó:

—Por desgracia.

—¿Me despedís, pues? ¿No queréis mis servicios?

—No, en el caso de que no podáis mejorar vuestras condiciones —contestó Della Porta.

Pero el capitán pareció no haberlo oído, porque continuó esperando la respuesta de la condesa. Ella permaneció silenciosa. En vista de eso, Colombino se volvió a los consejeros, diciendo:

—*Messer Della Porta*, ¿queréis dejarme un momento a solas con Su Alteza?

—¿Para qué, señor? —preguntó el consejero—. Los aquí presentes componemos el Consejo de Rovieto y tenemos el sagrado deber...

Pero no continuó, porque *Madonna Eufemia* exclamó secamente:

—Tenéis permiso para retiraros.

Della Porta parecía dispuesto a hablar, mas se contuvo. Luego se puso en pie, hizo una reverencia y, seguido de sus compañeros, salió de la estancia.

Hubo un largo silencio entre el soldado y la dama, después de la salida de los consejeros. Ella continuaba sentada en su alto sillón, agarrada a los brazos del mueble, en tanto que él pasaba por la estancia. Cuando se detuvo ante ella, se sentó, sin ceremonia ninguna, en la maciza mesa, y su hopalanda, entreabierta, mostró una larga y vigorosa pierna, cubierta por una media gris, como el resto de su traje.

Sin hallar palabras con que expresar sus sentimientos, continuó mirando a aquella mujer, que parecía formada para el amor, en tanto que ella, estremeciéndose, aguardaba sus palabras.

Por último se acercó y dijo:

—Se dice de mi, *Madonna*, que soy tan duro en los tratos como en la acción y Dios sabe que eso es verdad. Siempre me he inclinado a ajustar los precios a las necesidades de los que me contratan y no al trabajo que haya de realizar. Teniendo en cuenta vuestra extremada necesidad, venía dispuesto a pedir el doble de la suma que he citado y a duplicar también mi propio sueldo, pero al advertir vuestra penuria rebajé a la mitad mis pretensiones. Ahora todavía veo que el precio a cambio del cual os serviré, habréis de fijarlo vos misma.

—¿Qué?... ¿Qué puedo decir?... —contestó ella—. ¿Qué puedo responder?

—Eso no es ningún enigma señora. El esclavo no debe hablar de su soldada.

—¿El esclavo?

—En tal me ha convertido vuestra belleza.

Ella le dirigió una mirada interrogante y luego sonrió.

—Apenas hace una hora que me conocéis.

—Éste es precisamente el tiempo que he pasado amándoos. —Y creyendo llegado el momento, continuó el ataque. O bien la audacia bajaría el puente para darle paso o se vería derrotado como presuntuoso asaltante que se atrevió a más de lo que podía.

De pronto, la condesa se puso en pie, mientras su rostro estaba inflamado y su voz tenía el ímpetu del orgullo injuriado.

—¡Muy de prisa vais, señor!

—Siempre, *Madonna*. La rapidez contribuye a la victoria.

—Yo soy una mujer y no una fortaleza.

—A Dios le doy gracias por ello.

Entonces ella se echó a reír, para terminar en un sollozo, cosa que a Colombo le extrañó. Ella descendió de su sitio, como si se dispusiera a acercarse a su interlocutor, pero luego se contuvo y se llevó la mano a la frente.

—Dejadme que comprenda. Dijisteis que a causa de... a causa de todo eso, me serviréis sin paga alguna.

—Ninguna, *Madonna* aparte de la que exige el amor.

—¡Oh! —exclamó ella, pálida y jadeante. Frunció los labios desdeñosamente—. Veo que en resumidas cuentas, no sois muy generoso, porque sea como fuere, exigís una paga.

—Cuando me pagan en amor, puedo devolverlo. En amor no hay deudas.

—Me parece que ya no soy ninguna niña.

—Decidid —contestó él—. No quiero ser burlado.

—Ya lo veo. ¿He de tomar en serio vuestra insolencia?

El capitán creyó que las escaramuzas habían durado ya bastante, de modo que extendió una mano, asió a la joven y la estrechó en sus brazos, en tanto que ella lo miraba con sus límpidos ojos, cual si quisiera bucear en los de él.

Asombrada y aún avergonzada, luchó cuanto le fue posible, con la ferocidad de una gata, aunque cada vez con menor intensidad, hasta que al fin se resignó, apoyando la cabeza en el hombro de él. Luego Colombino, creyendo que ella se daba por vencida, la besó en los labios.

La joven se apoyó más pesadamente, como si estuviese a punto de desmayarse, pero sus ojos parecían sonreír. Dio un suspiro y exclamó:

—A juzgar por vuestra conducta, más mereceríais ser llamado serpiente que palomo.

—Poco importa mi nombre de palomo, pues, por mi naturaleza, soy halcón. Donde me poso mando. ¿Cuándo os casaréis conmigo?

—¿Casarme con vos? —preguntó asombrada. ¿Podíais suponer otra cosa?